

La teoría del capital humano como raíz de la cultura del descarte

LUIS FÉLIX BLENGINO¹

(CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS –
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA MATANZA – ARGENTINA)

Objeto de descarte no es solo el
alimento o los bienes superfluos,
sino con frecuencia los mismos seres
humanos.

FRANCISCO, *Fratelli tutti*

En este breve texto me propongo sintetizar algunas ideas acerca del trasfondo conceptual sobre el cual en el curso *Nacimiento de la biopolítica* Foucault analizó la novedad que introdujo la teoría del capital humano. Para ello es preciso comenzar por la comprensión foucaultiana del neoliberalismo. Brevemente, a nuestros fines, el neoliberalismo, analizado por Foucault como racionalidad gubernamental, redefine al *homo œconomicus* como *empresario de sí* y sujeto de la gestión de su capital humano. Este modelo se materializa entre dos vertientes que polarizan una misma tendencia de gobierno para el mercado: el ordoliberalismo alemán, que propone suplementar la competencia con un umbral mínimo de protección social, y el anarcocapitalismo, que naturaliza la exclusión al reducir a los gobernados a recursos simplemente descartables e inevitablemente descartados. Ambas corrientes segmentan la población en función

¹ Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Profesor de Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Investigador Asistente de CONICET. Profesor Asociado a cargo de Teoría Política II y Adjunto regular de Filosofía del Derecho del Departamento de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Nacional de La Matanza (UNLaM). Jefe de Trabajos Prácticos de Filosofía de la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).



de su utilidad económica, subordinando cualquier idea de dignidad humana a la rentabilidad de un capital humano. Si bien esta intervención pretende solamente presentar de forma sintética algunas diferencias y afinidades entre los polos de una misma racionalidad de gobierno, al proponer enfocarla desde la categoría de descarte, tal como aparece en la denuncia del primer Papa americano, pretende sugerir también una alternativa practicable, un afuera, una conducta posible para otro mundo realizable. En la conclusión volveré al contrapunto entre el neoliberalismo y el cristianismo de Francisco, pero antes es preciso esquematizar algunas diferencias que marca Foucault al interior del neoliberalismo a partir de la idea de capital humano.

Introducción. Capital humano y gubernamentalidad neoliberal

Desde la perspectiva de la historia foucaultiana de la gubernamentalidad, el neoliberalismo forma parte de la tendencia de gubernamentalización del Estado en nombre de un arte de gobernar en la racionalidad económica de los gobernados. Dentro de tal tradición, el neoliberalismo se desarrolla desde mediados del siglo XX como un intento por dotar al capitalismo de una nueva vida frente al avance de las masas, la organización sindical y el

costo (económico y político) de la democracia y de la ampliación de los derechos sociales. El neoliberalismo se despliega simultáneamente como una racionalidad crítica y como un programa gubernamental cuyo objetivo es desembridar la economía y liberarla de todas las trabas que bloquean la libertad de emprendimiento e impiden, supuestamente, el crecimiento económico. En este contexto, cobra relevancia la teoría del capital humano como un elemento central para la comprensión de la radicalidad de la transformación que implica el neoliberalismo. No es por casualidad que el auge de esta idea pertenece a la época del fin del pleno empleo y la justicia social. Si bien la teoría del capital humano es resultado del intento por “reintroducir el trabajo dentro del campo del análisis económico”,² la mutación epistemológica que esto conlleva consiste en identificar al trabajador como un capitalista de sí. Situándose en la perspectiva del trabajador, el trabajo es analizado como una conducta económica calculada y como actividad individual dotada de racionalidad estratégica. Por esta vía se llega a la idea de que el salario es un ingreso y que éste es la renta de un capital humano, es decir, de “una aptitud, una idoneidad” que permiten obtener determinados ingresos: el trabajador es una “máquina” que produce “un flujo de salarios”.³ Así llega Foucault al concepto del trabajador como empresario de sí mismo, no sin antes señalar que si se refiere al “flujo de ingresos” para conceptualizar esta relación entre el “capital-idoneidad” y la “renta-salario” es porque ella responde a una curva temporal, cuyo supuesto es que “esa máquina tiene su vida útil, su período de utilidad, su obsolescencia, su envejecimiento”.⁴ No obstante, esta identificación entre trabajador y máquina, alerta Foucault, “no quiere decir exactamente” que “el capitalismo transforme al trabajador en máquina y, por consiguiente, lo aliene”.⁵ Lo que la tradición crítica interpretaba como enajenación, Foucault lo describe en su sentido positivo y productivo, como encarnación: “la idoneidad que se hace carne con el trabajador” constituye el aspecto por el cual

² Foucault, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 257.

³ Cf. *ibíd.*, pp. 259-263.

⁴ *Ibíd.*, p. 263.

⁵ *Ibidem*

éste se identifica como máquina capaz de producir flujos de ingreso.⁶ Este trabajador-idoneidad ya no es el proletariado explotado, sino un empresario de sí capitalista. Tampoco es el asalariado organizado sindicalmente, sino un competidor emprendedor. El análisis económico lo toma como elemento de base y desde entonces la economía no se ocupa tanto de individuos ni de procesos, sino de las unidades-empresas que conforman un mercado de competencia. En este punto, Foucault hace una distinción importante entre el análisis teórico y la programación gubernamental, y entre economía y sociedad: “una economía hecha de unidades-empresas, una sociedad hecha de unidades-empresas: éste es a la vez el principio de desciframiento ligado al liberalismo y su programación para la racionalización de una sociedad y una economía”.⁷

Con el concepto de gubernamentalidad, Foucault se refiere a sendos aspectos, vinculados tanto a la distinción entre economía y sociedad como al análisis de lo que es y la programación de lo que debe ser. Desde este punto de vista se comienza a vislumbrar el problema. El neoliberalismo como modelo o grilla de análisis económico de una relación social descifrada a partir de las nociones de mercado de competencia y empresas es heterogéneo, aunque funcionen coordinadamente, con respecto a neoliberalismo como programación gubernamental tendiente a la producción activa de una sociedad de competencia formada por empresarios de sí mismos. ¿Es necesario invertir socialmente en la producción de sujetos económicos eficientes a través de la inversión selectiva para el incremento del capital humano de una población? ¿O alcanza, por el contrario, con crear las condiciones socioambientales que dejen a cada uno en la situación de tener que ser un empresario de sí mismo para no quedar fuera de juego? En este contrapunto se comienza a ver la distinción entre el ordoliberalismo y el anarcocapitalismo.

El neoliberalismo, *qua* arte de gobierno, recurre en sus dos vertientes (ordoliberal y anarcocapitalista) a tecnologías de seguridad para gobernar a la sociedad como población económica, es

⁶ Cf. *ibídem*.

⁷ *Ibíd.*, p. 264.



decir, en tanto pluralidad de empresarios de sí que responden sistemáticamente a los estímulos del medio. Sin embargo, el anarcocapitalismo opera una segmentación de la población cuya consecuencia principal es que los individuos, en tanto meros portadores de capital humano, devienen descartables, *es decir* utilizables hasta que caen en la obsolescencia.

1. Ordoliberalismo: competencia, sociedad de empresas y población flotante

Foucault plantea la cuestión por oposición. El neoliberalismo como racionalización del gobierno se opone a cualquier forma de intervención gubernamental que apunte a reducir la desigualdad relativa en nombre de la justicia social o el bien común. Frente a este campo de adversidad que los neoliberales denominan planificación socialista, el neoliberalismo opone un tipo de planificación para el mercado. En torno a ella y sus consecuencias gira el contraste que le interesa destacar a Foucault. Sendas corrientes neoliberales constituyen dos estilos de gobierno de Estados radicalmente económicos.

Al contrario de la intervención para la justicia social que se propone no solo eliminar la desigualdad absoluta, sino también reducir la desigualdad relativa entre las personas, la planificación para el mercado del ordoliberalismo alemán se funda en el estímulo de las desigualdades relativas con el objetivo de fomentar el juego de la libre competencia entre empresas. El ordoliberalismo estructura una sociedad de competencia mediante tres operaciones: la inversión en capital humano, la segmentación binaria de la sociedad, y la producción y administración de la población flotante. Este juego tiene dos requisitos. Por un lado, requiere de jugadores aptos, es decir, de individuos que sean empresarios de sí eficientes, interesados en aumentar su capital humano. Esto implica que la política de sociedad ordoliberal se funda en la generalización de la forma empresa a través de la producción activa de la competencia, lo que supone la creación activa del sujeto competidor:

Se trata, desde luego, de multiplicar el modelo económico, el modelo de la oferta y la demanda, el modelo de la inversión, el costo y el beneficio, para hacer de él un modelo de las relaciones sociales, un modelo de la existencia misma, una forma

de relación del individuo consigo mismo, con el tiempo, con su entorno, el futuro, el grupo, la familia.⁸

El núcleo problemático de esto que Foucault aborda como “equivoco ético-económico” recae sobre la difusión exhaustiva de una ética o, incluso, de una antropología del empresario de sí, es decir, del sujeto calculador y maximizador del interés individual en todos los aspectos de la vida.

Por el otro, la exigencia de garantizar que aquellos que pierdan en el juego de la competencia económica y caigan por debajo de un umbral de pobreza sean ayudados por la sociedad con subvenciones que permitan subsistir mientras el mercado no requiera de sus servicios. Así, la “política social” ordoliberal se apoya sobre el postulado de cierta autonomía de lo social y su desconexión respecto de lo económico, con el objetivo de crear una regla extra como complemento del juego económico. Tal regla, que es el “único punto de contacto entre lo económico y lo social”,⁹ debe garantizar que no haya perdedores absolutos. Para ello, se debe cobrar un impuesto adicional para costear el derecho a “un mínimo vital en beneficio de quienes, de modo definitivo y no pasajero, no puedan asegurar su propia existencia”.¹⁰

Así, aparece la cuestión del desempleo y la formación y el gobierno de una población flotante como un segmento de una población que debe ser administrado y conservado en estado de utilizabilidad para cuando la ocasión económica lo requiera. Es una reserva laboral mantenida con un “mínimo vital” para su reinserción eventual. Así, el ordoliberalismo confronta con la idea de Justicia Social y con las políticas sociales “socialistas” en la medida en que su objetivo no será nunca la pobreza relativa, sino la pobreza tomada en sentido absoluto. Solo esa desigualdad absoluta es vista como el producto indeseable de la competencia y justifica un impuesto cuya exigencia es evitar cualquier efecto redistributivo del ingreso, excluir cualquier cuestión vinculada a la desigualdad relativa, con el objetivo de establecer una cesura absoluta entre



⁸ *Ibíd.*, p. 278.

⁹ *Ibíd.*, p. 241.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 177.

los pobres –asistidos– y los no pobres –en condiciones de valerse por sí mismos–. La fijación de este umbral absoluto para la distinción entre empresarios y pobres tiene como correlato la producción de una población flotante que se encuentra en perpetua movilidad entre la asistencia y la utilización laboral cuando las necesidades o las oportunidades económicas lo requieren. En este sentido, la población flotante se objetiva como población disponible a los requerimientos económicos, para lo cual se requiere poner en marcha toda una política exhaustiva de subjetivación para procurar que los sujetos que van quedando fuera del juego económico puedan reingresar en él cada vez que las condiciones de expansión económica lo requieran. Para ello es necesario, por lo tanto, sostener aún una política activa y permanente de inversión pública en capital humano.

2. Anarcocapitalismo: darwinismo económico y sociedad del descarte

En el otro extremo del análisis y la programación neoliberal, el anarcocapitalismo va a oponer, a cada una de aquellas tres operaciones ordoliberales, una forma propia y radicalizada de la teoría del capital humano que, al universalizar y naturalizar al *homo oeconomicus*, permitirá eliminar cualquier protección social e instaurar una condición ambiental en la que cada uno es exclusivo responsable de su destino. Las operaciones son las siguientes: una empresarización total por la cual cada uno es siempre portador de cierto capital humano; un desdibujamiento del umbral de pobreza, en el que la cuestión de la desigualdad absoluta y relativa se diluye para ser reemplazada por gradientes de éxito y fracaso individual; la formación de una población descartable y la administración de una población ya descartada, conformada por individuos agotados en su utilidad económica, pero aún vivientes.

Mientras que en el caso ordoliberal se trata de una sociedad plural en la que rige la competencia porque se valora positivamente la desigualdad relativa, y que está aún ordenada, planificada y dirigida por objetivos gubernamentales liberales, en el anarcocapitalismo, cabe preguntarse en qué medida la sociedad de empresarios de sí constituye todavía una sociedad si cada uno está ocupado en competir para vivir. Al respecto hay una cita de

Foucault que marca una diferencia crucial al señalar que en el horizonte de la gubernamentalidad anarcocapitalista se halla

la idea, el tema-programa de una sociedad en la que haya una optimización de los sistemas de diferencia, en la que se deje el campo libre a los procesos oscilatorios, en la que se conceda tolerancia a los individuos y las prácticas minoritarias, en la que haya una acción no sobre los participantes del juego, sino sobre las reglas del juego, y, para terminar, en la que haya una intervención que no sea del tipo de la sujeción interna de los individuos, sino de tipo ambiental.

En otra ocasión Foucault dirá que bajo esta nueva gubernamentalidad el gobierno se mostrará como desentendido de todo aquello que antes era de su incumbencia y el Estado dejará de garantizar servicios costosos que solían tomarse como derechos universales. Así, emerge un Estado garante de derechos securitarios mínimos como el derecho a la vida, la libertad y, fundamentalmente, la propiedad privada, que o bien abandona a los individuos y las comunidades a su suerte o bien las instrumentaliza, como advierte Rose. Las comunidades son instrumentalizadas en cuanto la pluralidad y la diversidad de comunidades particulares (morales, de estilo de vida, de compromiso, etc.) constituyen el nuevo campo de referencia e instrumento de una gubernamentalidad que se despliega segmentando a las poblaciones a partir de la multiplicación de tales comunidades de pertenencia, en torno a las cuales se desarrollan saberes técnicos que se proponen afectar e influir “ambientalmente” sobre los individuos en cuanto están “insertos en” y “pertenecen a” tales comunidades.¹¹ En este sentido, la promoción del sujeto-empresa pasa a ocupar un lugar limitado solo a algunos segmentos de interés, para una tecnología gubernamental de tipo ambiental que se ejerce estratégicamente como un gobierno a través de la multiplicidad de las comunidades para gestionirlas a través de la optimización económica de los sistemas de diferencia.

En el anarcocapitalismo todos aparecen como personas jurídicas y económicas portadoras de cierto capital humano (genético y



¹¹ Cf. Rose, Nikolas, “¿La muerte de lo social? Re-configuración del territorio de gobierno” en *Revista Argentina de Sociología*, vol. 5, N° 8, 2007, pp. 117 y ss.

adquirido) y, en cuanto tales, como capitalistas de sí. Cada uno es empresario de sí y se encuentra ambientalmente forzado a invertir su capital humano en situaciones que exigen escoger entre opciones alternativas. Todos los sujetos son, a nivel de las conductas, siempre-ya empresarios en un juego de competencia económica cuyas variaciones en la acumulación de capital humano tienen efectos económicos y sociales que dan lugar a la pluralidad de diferentes y variados estilos de vida y consumo. Por este conducto se diluye la categoría de pobre en una gradación de estilos de vida diversos correlativos a diferentes formas de acumular e invertir el siempre escaso capital humano. También se dispersa el segmento de la población flotante y emerge una población sobrante, descartable y descartada. Cada uno es desde siempre un empresario de sí en un medio darwinista y maltusiano en el que inevitablemente desde siempre está inmerso.¹² Nadie requiere de ayuda para ser reintroducido en un juego que lo incluye inexorablemente y en el que se pretende que no hay ganadores ni perdedores sino, simplemente, una gradiente de los diferentes modos de administrar el propio capital. Para el anarcocapitalismo ya no se trata del eje conformado por los empresarios (autónomos), los pobres (dependientes) y la población flotante. Bajo el supuesto de que todos son siempre-ya empresarios de sí, la población se segmenta en una gradiente de acumulación de capital que se extiende desde los empresarios exitosos hasta los perdedores. La valoración positiva de la desigualdad relativa, la meritocracia y la supervivencia de los más productivos tiene como correlato la producción de una población descartable, pero no necesariamente inútil, sino utilizable hasta ser desechada. Si por empresario de sí exitoso se entiende “los salvados”, aquellos que introyectando los imperativos de auto-responsabilización han logrado una acumulación de capital que les permite mantenerse relativamente inmunizados ante los vaivenes del mercado, por perdedores hay comprender “los condenados”, cualquier empresario de sí descartable, no solo quienes anteriormente constituían la población flotante, sino quienes constituyen la gran masa que se encuentra en una situación de permanente dependencia de los vaivenes del mercado y que debe mantenerse competente y competitiva, más allá de sus expectativas realistas. Ahora bien, dentro

¹² Cf. Villacañas, José Luis, *Neoliberalismo como Teología Política*, Madrid, NED, 2020, pp. 141 y ss.

de esta masa los riesgos y oportunidades cumplen su función. Así, entre la gran masa de población descartable, hay un segmento siempre-ya descartado que refiere a la zona designada por el polo del dejar morir o abandonar a la muerte del paradigma del bio-poder. Es en esta forma de administración de la población descartable y de su producción como descarte que se produce la utilización económica hasta el fin de aquellos cuya vida útil se considera breve y superflua. Así ocurre con la formación del crimen organizado de acuerdo con Foucault, que bajo el programa anarcocapitalista aparece como una forma de organización empresarial que, aunque ilegalmente, constituye un mercado eficiente que produce grandes riquezas en base a la utilización de aquella mano de obra descartable, es decir, utilizable hasta su muerte (probablemente temprana en cuanto segmento poblacional de alto riesgo).



A modo de conclusión: neoliberalismo o fraternidad

En la historia foucaultiana de la gubernamentalidad la razón de Estado se sirve de tecnologías disciplinarias, mientras el neoliberalismo en cuanto doctrina general de la nueva racionalización del gobierno en la racionalidad (económica o social) de los gobernados se sirve de tecnologías de seguridad y del saber económico para dirigirse a la población como sujeto y objeto del gobierno biopolítico. A estas formas modernas de racionalizar la práctica de gobierno Foucault le opone el arte de gobernar en la verdad, al que corresponden tanto el orden jurídico y el discurso del derecho y la justicia como las prácticas espirituales y parresiásticas. Así como el anarcocapitalismo y el ordoliberalismo constituyen los dos polos del neoliberalismo, dos formas de sociedad de empresa y competencia, el bienestarismo y el neoliberalismo se distinguen porque son dos formas de racionalización del gobierno en función de los fines económicos o sociales de los gobernados. Asimismo, la sociedad de empresa y competencia se contrapone a la sociedad de supermercado, es decir, a la sociedad de consumo de masas.

Es contra esta racionalidad capitalista moderna que se dirige la palabra espiritual del Papa Francisco al denunciar la cultura del descarte, pero evitando el recurso nostálgico a un retorno al

consumismo de la sociedad de supermercado, ecológicamente irracional. El discurso de Francisco habla el lenguaje de los derechos humanos y sociales, apela al derecho a la vida y al trabajo, como fuente de dignidad y no solo de ingresos. A partir de este contrapunto, Francisco reintroduce la cuestión de la pobreza y la población descartable como correlato de una sociedad de la competencia, del egoísmo y de las diferencias narcisistas, todas centradas en la necesidad y afán de acumulación de capital humano. A partir de ahí se denuncia no solo la desigualdad absoluta, sino también la relativa, aunque no para abogar por la sociedad hedonista del supermercado y el consumo, sino para bregar en favor de una sociedad fraternal moderada y solidaria, donde se busque la justicia social y la creación de empleo sea el objetivo, mientras el asistencialismo solo debe ser un paliativo coyuntural. En síntesis, ante las alternativas que ofrecen el neoliberalismo y el bienestarismo, Francisco parece oponer un gobierno en la verdad y una espiritualidad común ante lo insoportable presente y por venir. Una sociedad fraternal regida por el principio de la amistad, la solidaridad y la convicción de que el trabajo y, por lo tanto, la creación de sus condiciones de posibilidad es una obligación para los gobiernos porque es un bien en sí mismo para las personas.